

Realidad

Carlos Rodríguez



Capítulo 1

La espera

Eran las ocho de la noche. En la casa habían tres personas: El padre, la madre y el hijo. El hijo llevaba un Jean azul y una camisa manga larga con cuadros.

-Ya me voy –dijo el hijo abriendo la puerta.

-Vaya –dijo el padre.

-¿A qué hora vendrás? –preguntó la madre.

-Cuando me aburra. Adiós.

El hijo cerró la puerta. La madre caminaba preocupada por toda la sala.

-¿Cómo crees que le vaya?

-Va a estar bien.

-¿En serio? Ya es muy noche y la delincuencia...

-Cálmate. Todo saldrá bien.

-Está bien. Me voy a dormir.

-Buenas noches.

La madre se acostó en su cama. El padre encendió el televisor. La madre trataba de dormir, pero no podía. No quería dormir. Quería ver a su hijo dormido, como cuando tenía 10 años. Como cuando era obediente a lo que ella decía. Como cuando no se juntaba con la gente mala con la que se junta ahora. Se oyó un ruido. No quería saber lo que era. Temía pensar que fueran balazos que llovían sobre el cuerpo de su hijo. Comenzaron a pasar las horas y el sueño comenzó a llegar. Sus párpados querían cerrarse, pero ella no lo permitía. Siguieron pasando las horas. Se oyó que tocaban la puerta. Se levantó rápido y abrió. Era su hijo, quien con lágrimas en los ojos la abrazó.

-Lo siento mamá. ¡Lo siento tanto!

Ella lo abrazó también y comenzó a llorar.

-Está bien hijo mío.

-Lamento haber sido un mal hijo. Desde ahora prometo ser mejor.

-Te perdono hijo. Se que lo harás.

La madre besó a su hijo en la frente. Comenzó a temblar fuertemente en la casa. La madre abrazó a su hijo con todas sus fuerzas para protegerlo.

-Señora... señora... por favor despierte.

La madre abrió los ojos. Había dos policías en el cuarto. Uno de ellos le movía su brazo.

-¿Qué está pasando?

-Señora... es sobre su hijo.

-¿Qué ocurre con él?

Los policías guardaron silencio y se miraron. La madre se levantó de la cama y corrió a la sala. Lloró como nunca antes había llorado. No daba crédito a lo que veían sus ojos.

-No puede ser, no puede ser –se decía a si misma en llanto-. ¡Esto no puede estar pasándome!

Trataba de convencerse de que no era cierto, pero la verdad es que si lo era: Su hijo yacía en el suelo, muerto, con varios disparos que atravesaban su pecho, cabeza y abdomen.

FIN

Capítulo 2

El embargo

-¿Esta es la casa?

-Déjame ver... -miró los papeles que tenía en las mano-. ¿Qué número es?

-Quinientos tres.

-Si, esta es. Toca la puerta.

Uno de los hombres tocó la puerta. Abrió un hombre sin camisa, con calzoneta y en sandalias de hule. Eran cerca de las diez de la mañana.

-Buenos días señor.

-Buenos días. ¿Qué se les ofrece?

-Señor, venimos de parte del Banco.

-Ah, ya veo... -el hombre se rascó la cabeza.

-¿Tiene ya el dinero que debía?

-Bueno no, pero...

-Entiendo. Pasen muchachos.

En la casa entraron cinco hombres que comenzaron a sacar todo: los muebles, la computadora, el reloj de pared, el comedor... hasta un cuadro con una foto suya se llevaron. El hombre solo observaba parado desde una puerta cerrada.

Una vez que terminaron de sacar todo un camión apareció y colocaron todas las cosas en él.

-¿Ya no hay nada más? -preguntó uno de los hombres.

-No.

-¿Seguro?

-Si.

Se oyeron unas risas que salían de la puerta cerrada que el hombre tapada con su cuerpo.

-Señor, de permiso por favor.

-Nunca.

-Como quiera. Ey tú -le hizo señas a uno de las cinco hombres-, quítalo de aquí.

-El hombre lo empujó lejos de la puerta y cayó al piso.

Abrieron la puerta y encontraron a unos niños viendo en un pequeño televisor caricaturas. El hombre entró corriendo a la habitación. Se hincó y rogó con lágrimas:

-¡Por favor! ¡Tengan piedad! ¡Pueden llevarse todo lo mío, pero por favor no se lleven la felicidad de mis hijos!

-Lo lamento señor.

-¡Por favor! ¡Solo déme un poco más de tiempo!

-Lo siento señor. Lleva diciendo eso desde hace un año y medio. No podemos alargarnos más.

-¡Pero por favor...!

-No señor, caballeros...

Los cinco hombres empezaron a sacar todo: la cama, los juguetes, el pequeño televisor... hasta se llevaron una página de cuaderno con una cara sonriente hecha de macarrones que decía: "Te quiero papi" pegada en la pared. Una vez sacadas estas cosas las metieron en el camión. Antes de irse uno de los hombres habló con el padre.

-Tenga señor -le dio un papel.

-¿Qué es esto?

-Es una orden de desalojo. Tendrá que abandonar su casa para el lunes.

-Pero eso es en tres días.

-Lo sé. Tendrá que buscar un nuevo sitio para vivir. Adiós. Que pase un feliz y alegre día.

El hombre salió de la casa y se subió al camión.

-¿Qué ocurre papi?

-El padre guardó silencio. Se sentó en el piso, lo único que esos hombres no se pudieron llevar. Puso sus manos en la cabeza y comenzó a pensar. Pensaba en lo duro que había sido tener lo que tenía: días enteros llevando curriculums aquí y aya, horas de desvelo buscando un televisor accesible a su mísero sueldo, noches extra de trabajo para pagar la casa y la educación de sus hijos... se habían ido por el caño. Ahora no quedaba otra mas que volver a comenzar todo otra vez, desde cero.

FIN

Capítulo 3

El Estudiante

Miraba por la ventanilla del tren. El humilde padre había dejado su pequeña casa campesina para ir a visitar a su hijo en la Universidad de la ciudad. Él era el primero de toda la familia en sacar una carrera profesional. Ahora estaba sacando su segundo año. No había sido nada fácil para ellos ponerlo ahí. Deudas con el banco, horas de desvelo entero para la mamá haciendo bisutería para venderla al día siguiente. Largas jornadas de trabajo para el padre en el campo cortando algodón, caña, maíz, frijol y café. Largas caminadas diarias para vender su mercancía en la ciudad. Semanas enteras fuera de casa trabajando por un mísero sueldo. Llanto, ruegos y súplicas al alcalde para que los ayudara aunque sea con un poco de dinero. No comían días enteros para ahorrar y tener a su hijo en la Universidad. Y por fin, luego de mucho tiempo, lograron reunir el dinero suficiente para ponerlo a estudiar. Tanto sacrificio, tanto llanto, tanto desvelo, tanta humillación... habían rendido sus frutos.

Después de tres horas llegó a la estación. Con el escaso dinero que le quedaba le pidió a un taxista llevarlo a la Universidad donde estaba su hijo.

Al llegar lo invadió una enorme emoción: Después de tanto tiempo por fin volvería a ver a su hijo. Ingresó al recinto y empezó su búsqueda. Miraba rostro tras rostro, pero ninguno era el de su hijo. Se empezó a angustiar. ¿Se habrá equivocado de Universidad? El tiempo corría, miles de estudiantes pasaban por la plaza central. Cuando casi le iba a dar un infarto divisó a un pequeño grupo de cuatro personas. Uno de esos rostros le pareció familiar. Entrecerró los ojos para ver mejor. Sonrió. Ahí, entre esos cuatro estudiantes, estaba su hijo. Corrió hacia él con los brazos abiertos. Quería abrazar a su amado y querido hijo. El chico vio al hombre que venía hacia él. Cuando estaba a punto de tocarlo el muchacho retrocedió unos pasos. Miró fríamente al humilde anciano moreno, de espeso bigote. Al anciano que llevaba un sombrero de palma, una camisa sucia y un pantalón roto. Al anciano que llevaba un machete y sandalias de hule. ¡A su padre! Un pequeño destello de desprecio brilló en sus ojos. El padre no comprendía lo que pasaba.

-Lo lamento señor -dijo el muchacho-, yo no soy su hijo.

-Pe-pero hijo...

Sonó el timbre. Era tiempo de volver a clases.

-Lo lamento señor, pero se ha equivocado.

El chico se alejó caminando con sus amigos. Murmuraban cosas que el padre no logró entender. Aun no salía de su asombro. Las lágrimas empezaron a salirle. Sintió un dolor en su corazón. Era el dolor de un corazón roto. Salió llorando del lugar.

Cuando regresó a su humilde vivienda, su esposa salió a recibirle, alegre de que hubiera regresado.

-¿Cómo te fue? ¿Lo encontraste? ¿Qué te dijo? ¿Está bien? ¿Se alegró de verte?

El solo la miró. No dijo nada y se dirigió a su cama. Ahí pasó acostado todo el día. Una enorme depresión invadió su ser. No comió ni bebió desde ese día en adelante. Se rehusaba a hacerlo. Ya no tenía razón para seguir viviendo. Una semana después hallaron su cuerpo muerto, frío y rígido como una roca. Los médicos dijeron que murió por no haber comido ni bebido nada, pero esa no fue la verdadera razón.

La verdadera causa de su muerte fue la depresión. La tristeza causada por el hecho de que su hijo, a quien tanto amaba, quería y apreciaba, la persona por la que se había sacrificado tanto... lo había olvidado.

FIN